

“La Población de El Salvador” de Rodolfo Barón Castro: Algunas reflexiones sobre sus aportes a la Historiografía salvadoreña y centroamericana.*

José Edgardo Cal Montoya *

Rodolfo Barón Castro: el historiador

“Las biografías de fácil elegancia, las apologías declamatorias, las diatribas apasionadas, las disertaciones sobre temas vagos y otros ejercicios semejantes, sirven para abrir anchas puertas, sin resistencia y con estrépito, pero no prestan garantías acerca de la ponderación y el saber de los autores. Consagrar, en cambio, los mejores años juveniles al servicio de la patria en el estudio de materias áridas que no admiten improvisaciones elocuentes, es dar indicios seguros de actitud, a la vez que de probidad.”¹

Con estas palabras, Carlos Pereyra (1871-1942), historiador mexicano reconocido hoy como uno de los pilares de la historiografía americanista, describe de manera inmejorable el itinerario vital e intelectual de Rodolfo Barón Castro al prologar en 1934 su primera y máxima obra: “La población de El Salvador”; la que fue fruto indudable de su influencia y magisterio en aquel joven Doctor en Derecho y funcionario de la legación salvadoreña en Madrid que llegaría a ser con el tiempo uno de los intelectuales más influyentes en la vida cultural de su país y del resto de la región centroamericana durante el siglo XX. Aunque dentro de los debates actuales, quienes nos dedicamos a la historiografía coincidimos en señalar que en El Salvador, como ocurrió en la mayoría de los países del istmo, la profesionalización de la investigación histórica fue una realidad a mediados de la década de los setenta;² no debe dejar de reconocerse lo decisivos que fueron los decenios comprendidos de 1940 a 1960 para el desarrollo de la historiografía salvadoreña. En este período, Jorge Lardé y Larín y Rodolfo Barón Castro, de cuya trayectoria como historiador deseo ocuparme muy modestamente en esta intervención, escribieron estudios y obras de Historia que siguen refiriendo la investigación histórica actual en y sobre Centroamérica y

* Texto de la conferencia impartida en la apertura del Premio Municipal “Rodolfo Barón Castro” a la investigación sociocultural auspiciado por la Alcaldía de San Salvador el día 31 de enero del 2008. Deseo agradecer al colega Héctor Lindo Fuentes sus oportunas observaciones para mejorar algunos aspectos de este escrito.

* Historiador. Docente y Encargado de Extensión Académica en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Profesor del Postgrado Centroamericano en Ciencias Sociales de FLACSO (Guatemala) y Profesor Visitante del Postgrado en Historia de la Universidad de Costa Rica. Miembro de número de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala.

¹ Carlos Pereyra: “Prólogo a la primera edición”. En: Rodolfo Barón Castro: *La población de El Salvador*. San Salvador, DPI, 2002. p. 55

² José Cal: “La escritura de la Historia en Centroamérica: perspectivas para un esbozo de una historiografía centroamericana (1970-2002). [En preparación] Actividad de Investigación No. 86-A6-911, inscrita en la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica.

en los que hoy como comunidad historiográfica reconocemos un legado que toda la sociedad salvadoreña debe sentirse llamada a valorar y preservar.

Cuando Rodolfo Barón Castro en el prólogo de “La población de El Salvador” describe la visita que le hizo al Profesor Robert Kuczynski en su despacho londinense en 1946 para agradecer su elogiosa misiva sobre los aportes del estudio, señala que el inicio de sus labores de investigación en 1933³ obedecieron a su intención de desentrañar un aspecto muy peculiar de la evolución histórica de su país más con óptica de historiador que de demógrafo. En este momento, prosigue Barón Castro, siendo un joven de 24 años no podía considerarse ni lo uno ni lo otro, por lo que comprendió que ante su falta de formación específica como historiador, su investigación solamente podría adquirir solidez al tiempo que avanzaba y profundizaba en las labores de recopilación, sistematización e interpretación de la documentación y bibliografía sobre El Salvador que se encontraba en archivos y bibliotecas de Madrid y Sevilla.⁴ De las preocupaciones y esfuerzos de Barón Castro fue testigo privilegiado el escritor y diplomático salvadoreño Raúl Contreras, quien en una misiva dirigida al Canciller Dr. Miguel Ángel Araujo, señala que Barón Castro, “con su acendrado amor al estudio, pasa sus horas en las bibliotecas y centros de estudio histórico, social y literario de Madrid”.⁵

Las reflexiones que Barón Castro hace sobre su propia labor son dignas de consideración por su honestidad intelectual, actitud que lo va conduciendo progresivamente a tomar una conciencia temprana de lo delicada que es la labor profesional del historiador, pero ante todo de sus alcances para el futuro por su incidencia social. Esta percepción que tiene Barón Castro acerca de los alcances de sus afanes y esfuerzos aunados a una intensa labor diplomática, no puede ser comprendida sin detenernos en la intensidad de su vida y actividad cultural en el Madrid de Juan Ramón Jiménez, de Miguel de Unamuno, de Federico García Lorca, de Rafael Alberti, de Gregorio Marañón, de Salvador de Madariaga, de Concha Espina, de Ramón Gómez de la Serna, de Daniel Vázquez Díaz o de Ramón María del Valle Inclán entre muchos otros, con quienes sostuvo entre el Ateneo y el café de <<La Espelunca>> intercambios intelectuales, artísticos y personales que lo moldearían decisivamente como humanista y estudioso de su país.⁶ De estos intercambios hay uno que lo orientará decisivamente a abrazar la vocación de historiador, y es el que sostuvo con el insigne Américo Castro, amplio conocedor de sus méritos personales y profesionales quien procuró su incorporación a la Sección Hispanoamericana del *Centro de Estudios Históricos* dirigido por Ramón Menéndez Pidal, siendo uno de los primeros tres hispanoamericanos en integrarla junto a los profesores Silvio Zavala y Ángel Rosenblat.⁷ La publicación *Tierra*

³ Dato con el que se puede deducir que dedicó una década de su vida a escribir, organizar y corregir la versión definitiva de la obra.

⁴ Rodolfo Barón Castro: “Prefacio del autor a la segunda edición”. Op. Cit. *La población...*p. 40

⁵ Carlos Cañas Dinarte: *Diccionario de Autoras y Autores de El Salvador*. 2ª Edición [En preparación].

⁶ Julio Izquierdo Labrado: “Prólogo a la presente edición”. Op. Cit. *La población...*p. 16

⁷ Barón Castro. Op. Cit. p. 26

Firme, se dedicó a divulgar las actividades científicas de la sección, las que estos tres valiosos intelectuales latinoamericanos compartirían con historiadores y estudiosos españoles de la talla de Ramón Iglesia Parga, Antonio Rodríguez Moñino, Manuel Ballesteros Gairois, Francisco Cirre, Rafael Montesinos y Antonio Morón. Al lado de todas estas personalidades, pero especialmente con Rosenblat, Barón Castro acrecentaría su interés por la demografía histórica, una disciplina en la que estaba casi todo por hacer para la realidad latinoamericana.⁸ Es precisamente en este momento donde podemos situar la gestación del libro “La Población de El Salvador”. Más que la culminación de unos intereses individuales por comprender las transformaciones en el tiempo de la población salvadoreña, es fruto de una dinámica de intercambios y <<circulación de saberes>> que enriquecieron decisivamente su itinerario como historiador, situación que nos recuerda la dimensión colectiva que tiene la investigación histórica. Las sucesivas redacciones que Rodolfo Barón Castro elaboró de “La población de El Salvador” entre febrero de 1933 y abril de 1934 hasta su publicación definitiva en 1942, no pueden ser entendidas fuera de estas dinámicas e intercambios.

Cuando se considera el todavía incipiente desarrollo de la demografía histórica en el medio académico europeo en la década de los treinta, siendo de manera derivada tema desconocido en el ámbito centroamericano y cuando se constata que Barón Castro no contó con estudios previos para desarrollar su investigación debido a la catástrofe que terminó con casi todo el patrimonio documental de El Salvador; no queda duda de la dignidad e importancia que la callada y diligente labor del prominente historiador salvadoreño tuvo para elaborar un libro que refiere el desarrollo de la historiografía latinoamericana. Trabajo que por estas circunstancias le tocó desarrollar, en palabras del historiador español Julio Izquierdo Labrado, con sensatez e imaginación⁹ en medio de esa barahúnda de

*“En lo que toca al Americanismo, éste era la especialidad más joven de las que se integraban en el complejo de estudios de Medinaceli, 4. Fue Américo Castro —que se llamaba así por haber nacido en el Nuevo Continente— el que, aunque parezca un juego de palabras, se impuso la tarea de hacer algo sobre América en el seno de Centro de Estudios Históricos, y realizó una recluta entre aquéllos que podríamos hacer algo. Así constituyó un pequeño grupo de jóvenes, constituido por Silvio Zavala, que preparaba su Encomienda Indiana, por Angel Rosenblat (argentino de origen hebreo), Rodolfo Barón Castro, que preparaba un estudio sobre historia demográfica de El Salvador, su patria, Ramón Iglesias Parga, interesado por las crónicas de la Conquista, su esposa Raquel Lesteiro, y yo, que había sido pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para doctorarme en Alemania en Antropología Americana. Entre todos formábamos, con el entusiasta D. Américo, la redacción de una Revista que no tardó en aparecer, Tierra Firme, donde Rosenblat publicó sus estudios sobre los Otomacos y Taparitas, en un primer intento de conocer las fuentes para la demografía indígena de América, Barón sus trabajos demográficos y yo mis estudios sobre la cerámica Nazca del Museo Arqueológico (Sección Americana), de Madrid”. Manuel Ballesteros Gabrois: “Los comienzos de un instituto y de una revista”. En: *Revista de Indias*. (Vol. XLIX - Núm. 187 - 1989) Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos. pp. 546-547. Citado por: Salvador Bernabeu Albert: “<<Un señor que llegó del Brasil>>. Américo Castro y la realidad histórica de América”. En: *Revista de Indias*. (Vol. LXII – Núm. 226 – 2002) Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos. pp. 651-674*

⁸ Izquierdo Labrado. Op. Cit. p. 16

⁹ Ibid. p. 19

documentación que si no se sabe tratar y sistematizar nos pone a los historiadores en la frontera, parafraseando a mi profesor Giovanni Levi, entre el ‘historiador sin más’ y el ‘pobre historiador’ agobiado entre papeles y fichas que no sabe cómo organizar para concluir su trabajo. A estas dificultades, se aúna el dilatado período de guerra civil española, situación que obligó a Barón Castro a centrarse más en sus labores diplomáticas y a hacer una más que rigurosa planificación de su tiempo libre para proseguir con la investigación y visitar a hurtadillas la clausurada Biblioteca de la Unión Iberoamericana para leer aquellas revistas que podían enriquecerla. Las largas jornadas de lectura estaban acompañadas de su incansable trabajo de sistematización y cálculo matemático de los datos recopilados con una máquina de calcular de funcionamiento puramente mecánico. Barón Castro llevó a cabo la investigación y escritura de su primera y más prominente obra restando horas al descanso, acelerando su labor efectiva en el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo por las tardes y continuando su trabajo por las noches casi siempre hasta el amanecer, sin dejar de contar por supuesto con sus habituales e indispensables desplazamientos a la capital hispalense para comprobar datos y cifras en los fondos del Archivo General de Indias.¹⁰ La ferviente dedicación de Barón Castro a la investigación histórica, no sólo nos exime de mayores discusiones acerca de la integridad de su vocación como historiador, sino ante todo, nos enseña a las futuras generaciones de historiadores las implicaciones de lo que el historiador guatemalteco Julio Castellanos Cambranes ha denominado en comunicación personal con gran acierto, ‘nuestra humilde y callada profesión’, cuyos aportes casi siempre son mayormente valorados de manera póstuma.

Los afanes de Barón Castro se vieron reconocidos, no solamente por la enorme repercusión que tuvo el libro dentro de la comunidad historiográfica internacional,¹¹ tema al que me referiré más adelante, sino porque se le integró de lleno a las labores académicas del *Instituto Fernández de Oviedo*, en el que pudo desarrollar una prolongada labor de investigación que dio a la luz una diversidad de trabajos que espero sean objeto de futuras investigaciones sobre sus aportes tanto a los estudios hispánicos como a la historiografía americanista. El gobierno español también reconoció su labor científica al conferirle el grado de comendador de la Orden de Alfonso X, distinción con la que se valoraron sus aportes como investigador integrante del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España del que fuera posteriormente nombrado Consejero de Honor en 1946, siendo uno de los primeros latinoamericanos en disfrutar de tan alta designación.¹²

Rodolfo Barón Castro tiene un ligamen especial con Andalucía, tierra que para mí sólo entraña recuerdos felices y días espléndidos del Doctorado. La larga trayectoria de proyección iberoamericana del sistema universitario andaluz contó también con el aporte de Rodolfo Barón Castro al ser catedrático de la Universidad Hispanoamericana de Santa María La Rábida en Palos de la Frontera (Huelva) de 1943 a 1975. Sus treinta y cinco años de fructífera labor docente le fueron reconocidos con la medalla de plata de la institución.

¹⁰ Barón Castro. Op. Cit. p. 28

¹¹ Izquierdo Labrado. Op. Cit. p. 19

¹² Barón Castro. Op. Cit. p. 35

Cuando hoy hablamos de la Universidad Internacional de Andalucía y del Centro Andaluz de Estudios Iberoamericanos (CEI) de la capital onubense, no podemos dejar de mencionar la trayectoria pionera de más de cincuenta años de la Universidad Hispanoamericana en el desarrollo de los estudios sobre América Latina y el Caribe, institución que tuvo en Rodolfo Barón Castro a uno de sus principales sostenes. La oportunidad privilegiada que algunos hemos disfrutado de hacer nuestros estudios de Doctorado dentro de un sistema universitario andaluz con una larga trayectoria de cooperación y profundo conocimiento de la realidad Latinoamericana, en buena parte se comprende gracias a la presencia de Rodolfo Barón Castro dentro del medio académico español. Así de profundo es su legado, así de profundos son esos ligámenes que imperceptiblemente muchos tenemos con su itinerario. La Universidad de Notre Dame (Indiana, Estados Unidos) se benefició también de su labor docente al tenerlo como Profesor Invitado en 1962.¹³

Al haber conseguido “La población de El Salvador” los dulces frutos del reconocimiento del medio académico hispánico y anglosajón,¹⁴ Rodolfo Barón Castro muy bien hubiera podido consolidar su ascenso en la carrera diplomática y disfrutar las rentas del bien ganado prestigio de su obra. Aún y con el sinnúmero de responsabilidades diplomáticas, de representación y de ejercicio de altos cargos directivos ante diversidad de organismos internacionales como la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación y la Cultura (OEI) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO); Rodolfo Barón Castro permaneció fiel a su vocación de historiador al iniciar diversas gestiones en 1947 para recopilar toda la documentación colonial salvadoreña depositada en archivos europeos y publicar una monumental *Colección de documentos para la Historia de El Salvador* que proyectaba organizar en veinte volúmenes. Transcurrieron once años de trabajo diplomático y de investigación histórica cuando el gobierno de José María Lemus autorizó el proyecto a finales de septiembre de 1958. A estas alturas, Barón Castro ya tenía listo el material del primer volumen y terminaba de cotejar el de los cuatro restantes cuando la inestabilidad política predominante de estos años truncó el proyecto de manera definitiva, perdiéndose una oportunidad única de conocer con mayor profundidad la Historia colonial de El Salvador y la realización de unos de los proyectos historiográficos centroamericanos de mayor envergadura del siglo XX.

En la introducción de su libro: “José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811”, Rodolfo Barón Castro reflexiona sobre su ahora inexorable vocación como historiador:

“Pero la razón principal que me llevó a pergeñar estas páginas obedece a otro tipo de reflexiones. Por vez primera, en efecto, me ha asaltado la duda de si lograré llevar a término mis proyectos en torno al estudio de la figura, la obra y el tiempo de José Matías

¹³ Jorge Luján Muñoz: “Nota necrológica sobre Rodolfo Barón Castro (1909-1986)”. En: *Mesoamérica* (No. 15 – junio de 1988). p. 226

¹⁴ Izquierdo Labrado. Op. Cit. p. 20

Delgado, con la calma, el rigor y la cabalidad requeridos. Más todavía ignoro si el futuro me permitirá consagrar a los temas salvadoreños, para mí tan entrañables, la dedicación a la cual me siento deudor. Y esta incertidumbre –contraria a mi seguridad pretérita en cuanto a mi labor relacionada con la historia salvadoreña- es la que me decidió a echar por la calle de en medio, tranquilizándome in petto con la idea de que más vale dejar la masa documental reunida certificando aspectos parciales de la vida y de la obra de José Matías Delgado, que encerrada en sus cartapacios, aguardando una amplia utilización que se me presenta, por ahora, bastante problemática.”¹⁵

Rodolfo Barón Castro demarca en esta introducción al libro que le valió el segundo premio sesquicentenario del primer grito de independencia de Centroamérica otorgado por el Ministerio de Educación de El Salvador, la parte medular de su proyecto intelectual que en este momento abarcaba ya toda su existencia: su compromiso por engrandecer el conocimiento de la historia de su país. Compromiso que mantendría por el resto de su vida hasta su desaparición física el 18 de noviembre de 1986, dejando con “La Población de El Salvador” un legado para la historiografía internacional sobre el que es necesario proponer algunas reflexiones dada su extraordinaria acogida y reconocimiento en los más selectos círculos internacionales de las ciencias sociales.

“La población de El Salvador”: su sitio dentro de la historiografía internacional

Como bien lo señala la profesora Elena Hernández Sandoica, la irrupción de la Escuela de los Annales en el marco de crisis general de las ciencias humanas posibilitó el desarrollo de una <<Historia sectorial>> que referida inicialmente a las dos grandes vertientes socioeconómicas y socioculturales, posibilitó el desarrollo de campos de análisis histórico más específicos.¹⁶ El *cuantitativismo* y el *estructuralismo* serían los instrumentos de perfección teórica y metodológica que Braudel pondría en práctica para que la investigación histórica ampliara el marco del conocimiento general de la sociedad, profundizando en él y extendiéndolo en un esfuerzo máximo por conseguir una especie de *fresco*, que debería desbordar tanto los límites de su disciplina como las fronteras de *lo nacional*, de manera que los resultados pudieran hacerse extensivos a otras sociedades y lugares *comparándolos*.¹⁷ Esta intuición, daría lugar al desarrollo de la <<Historia serial>> a finales de los años cuarenta, la que a criterio de Chaunu era <<una Historia menos interesada por los hechos individuales que por los elementos que pueden ser integrados en una serie homogénea>>, tendencia que llegó a prohijar consideraciones extremas que no concebían la escritura de la Historia sin la presencia de datos cuantitativos. El contacto e

¹⁵ Rodolfo Barón Castro: “Introducción”. En: *José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811*. San Salvador, Dirección General de Publicaciones, 1961.

¹⁶ Elena Hernández Sandoica: “La Historia social. La demografía histórica”. En: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Madrid, Akal, 2004. pp. 151-203

¹⁷ Loc. Cit.

intercambio de la Historia con otras disciplinas dio lugar al desarrollo de la <<Historia de la población>> o denominada más convencionalmente como <<Demografía histórica>>, que después de 1945 con los aportes de Meuvret, Labrousse y Chevalier propuso la integración de variables demográficas al análisis histórico. Fue con la publicación del manual de Fleury y Henry en 1956 que la disciplina se desarrolló bajo el impulso de la Escuela francesa, teniendo en Inglaterra otro de sus importantes ámbitos de desarrollo en la Universidad de Cambridge con las contribuciones de Glass, Wrigley, Eversley, Laslett, Armstrong, Ovenall y otros.¹⁸ Este nuevo campo de trabajo historiográfico planteaba como su objetivo primordial <<el estudio numérico de la sociedad a través del tiempo>>, de manera que la recopilación de la información concerniente a los hechos relacionados con la contabilización de personas, su propensión a nacer, a casarse, a morir, su disposición en familias, pueblos ciudades, regiones, clases y otros de la manera más precisa posible, derive en la construcción de una <<anatomía de la estructura social>> que evite la ambigüedad e imprecisión que ha caracterizado a la historia tradicional. Con esta orientación metodológica, los británicos emprendieron diversidad de estudios macropoblacionales que contribuyeron a desarrollar las metodologías comparativas, dando lugar a análisis de mayor especificidad como el *microanálisis intensivo* o el de *reconstrucción de familias bajo clasificación nominativa*, con las que se buscó superar las metodologías *agregativas* de la Historia serial, posibilitando una reconstrucción más fiable de la fecundidad y mortalidad de una población en general.¹⁹

La fase temprana de esta discusión sobre la presencia de las variables demográficas en el análisis histórico llegó al medio académico español por medio de Jaume Vicens Vives y Antonio Eiras Roel, apenas unos años después que Rodolfo Barón Castro bajo el influjo de Ángel Rosenblat se propusiera reconstruir la Historia de El Salvador a partir de su desarrollo poblacional. Esta constatación no hace más que acrecentar nuestra admiración por la dimensión pionera de su trabajo. En 1974 el Profesor Ciro Flamarion Santana Cardoso en su artículo publicado en *Estudios Sociales Centroamericanos* acerca de la penetración de la Historia Demográfica en América Central, señala que Rodolfo Barón Castro es uno de los principales precursores de este campo de estudio en la región a inicios del siglo XX junto a los clérigos Bernardo Thiel y Víctor Sanabria para el caso costarricense.²⁰ La amplia repercusión que ha tenido “La población de El Salvador” en los círculos académicos internacionales, se debe precisamente a que su elaboración se inscribe tempranamente dentro del amplio ciclo de renovación de la historiografía internacional, recibiendo así toda la atención y elogio de grandes especialistas como Robert Kuczynski y Magnus Mörner, quienes la consideraron como la <<la obra pionera en el campo de la historia demográfica y social hispanoamericana>>. También el mismo Pierre Chaunu en

¹⁸ Ciro Flamarion Santana Cardoso: “La Historia Demográfica; su penetración en Latinoamérica y en América Central”. En: *Estudios Sociales Centroamericanos* (Septiembre – Diciembre 1974 – Año 3 – No. 9). San José, Confederación Universitaria Centroamericana. pp. 116-128

¹⁹ Hernández Sandoica. Op. Cit.

²⁰ Santana Cardoso. Op. Cit. pp. 125-126

la orientación bibliográfica de varios de sus trabajos no dejó de referir el libro de Barón Castro, como también lo hizo François Chevalier en su clásico libro sobre la Historia de América Latina.²¹ De aquí que “La población de El Salvador” sea una referencia inexcusable para comprender el desarrollo de la Historia demográfica en Iberoamérica.

Su recepción dentro del medio académico español fue de amplias repercusiones. Aparte de ser objeto de cuantiosas y favorables reseñas en las publicaciones científicas más prestigiosas del momento, fue obra de referencia obligada en verdaderos clásicos de la historiografía hispana como *Carlos V y sus banqueros* de Ramón Carande, la *Historia de la colonización española en América* de Demetrio Ramos Pérez y la *Historia de España y América*, dirigida por el mismo Jaime Vicens Vives.

Sin mencionar el caso de El Salvador, del que se ocupa ampliamente el mismo Barón Castro en el prólogo a la segunda edición, en nuestro país, Guatemala, el libro fue reseñado por Fr. Lázaro Lamadrid OFM en *El Imparcial* del 24 de octubre de 1944, artículo en el que resalta cómo la obra “es estudiosamente objetiva y no cultiva la hispanofilia emocional, sino la friamente crítica”.²² El irrepetible Manuel José Arce publicó el 15 de noviembre de 1943 en *El Diario de Hoy* de El Salvador otro amplio comentario sobre el libro. El P. Carmelo Sáenz de Santamaría SJ, otro gran conocedor de la Historia colonial guatemalteca, publicó otro extenso y favorable juicio crítico al libro de Barón Castro en el prestigioso *Handbook of Latin American Studies* correspondiente a 1942.²³

²¹ Barón Castro. Op. Cit. pp. 42-43

²² Op. Cit. p. 37

Si bien hay que tener en consideración esta observación de Lamadrid, es necesario situar la labor de Rodolfo Barón Castro dentro de las etapas que experimenta el americanismo español tanto con el advenimiento de la Segunda República, durante el que disfruta de un desarrollo floreciente con la creación del Centro de Estudios Históricos; como tras la finalización de la guerra civil. En esta segunda etapa, el americanismo español adquiere, como bien advierte el Prof. Manuel Lucena Giraldo, una tendencia reaccionaria y fuertemente doctrinaria que partió de la tradición del pensamiento conservador decimonónico, matizado con aportaciones regeneracionistas, que encabezó una acción cultural española que pretendía la difusión de un hispanismo católico y tradicionalista. El trabajo de Barón Castro: *Españolismo y antiespañolismo en la América Hispana* (Madrid, Editorial Atlas) publicado en 1945, permite situar su pensamiento historiográfico dentro de una preocupación creciente del americanismo español de mediados de los años cuarenta por hacer frente a una oleada ideológica de absoluto antiespañolismo que, según el Prof. Mario Hernández Sánchez-Barba, impedía una comprensión amplia de la realidad hispanoamericana. Más allá de consideraciones y tomas de postura ideológicas o políticas que puede suscitar esta problemática de la Historia intelectual en ambos lados del atlántico, la obra de Rodolfo Barón Castro debe leerse desde estas dos etapas tan diferenciadas de desarrollo del americanismo español y su ubicación posterior dentro del proyecto cultural del franquismo. Cf. Lorenzo Delgado Gómez-Escalomilla y Marisa Figueroa: *Los compromisos internacionales de España en materia de cultura*. (Documento de Trabajo No. 4/2008) Madrid, Real Instituto Elcano. pp. 5-19. Manuel Lucena Giraldo: “Bajo la sombra de Adán. Americanismo e Historia de la ciencia, una relación con complejo de culpa”. En: *El Ateneo*. (Cuarta Época – Año I – Número 1 – Noviembre 1993) Madrid, Ateneo Científico, Artístico y Literario de Madrid. p. 53. Mario Hernández Sánchez-Barba: “Una generación de intelectuales ante el futuro político de Hispanoamérica”. En: *Revista de Estudios Políticos*. (No. 111 - 1960) Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. p. 156. “Los orígenes del americanismo universitario en España”. En: *Cuenta y Razón*. (No. 14 – Noviembre/Diciembre 1983) Madrid, FUNDES.

²³ Barón Castro. Op. Cit. p. 41

Fuera de las polémicas y desacuerdos que Barón Castro sostiene con algunos reseñadores y comentaristas de su obra, deseo referirme al artículo del Prof. William Fowler de la Universidad de Vanderbilt publicado en *Mesoamérica*,²⁴ en el que propone una revisión crítica de su metodología para elaborar una estimación de la población total de El Salvador y Centroamérica antes y después de la conquista española. Sostiene Fowler, que el método de tasación del ejército nativo empleado por Barón Castro es un método de cálculo poblacional sumamente arriesgado, debido a que se basa en cálculos y suposiciones que parten del tamaño del ejército español invasor y sus aliados sin tener en consideración el impacto catastrófico de la mortalidad epidémica temprana entre las poblaciones americanas aborígenes, especialmente en el período comprendido entre 1520 y 1524. A esta problemática se suman los datos aportados por la denominada *Relación Marroquín* de 1532, el censo indígena más antiguo de la Guatemala colonial que registra importantes datos sobre la Villa de San Salvador que fueron recogidos por su cura Antonio González Lozano y permiten una estimación más completa de su población total. En este análisis, no pueden dejar de considerarse los efectos del proceso de conquista y colonización en el ecosistema y su incidencia en la mortalidad, como bien lo señalara en sus trabajos sobre el ‘imperialismo ecológico’ el Prof. Alfred Crosby, pionero en el impulso de la Historia ambiental. Al desarrollar una Historia demográfica, el investigador se topa en las fuentes con diversidad de inexactitudes y lagunas en la construcción de las tasaciones, por lo que se hace necesario un cruce de documentación entre las relaciones oficiales y las relaciones y censos civiles y eclesiásticos para ampliar la apreciación general de todos los datos disponibles. Ante esta problemática, Fowler señala la necesidad de comparar los resultados de las metodologías empleadas por los estudiosos de la población de El Salvador y Centroamérica, siendo éstas: la de cálculo de los ejércitos nativos que enfrentaron a los primeros europeos, la de extrapolación de datos demográficos tempranos a partir de la *Relación Marroquín* y la tasación de *López de Cerrato* y la estimación basada en la contención demográfica, en la que se desarrolla un análisis comparativo de los datos aportados por las fuentes así como la consideración de factores ambientales y de tecnología de subsistencia en la construcción de una variable de densidad poblacional que se multiplica por la superficie aproximada del territorio. Esta comparación, sorprendentemente, muestra cómo gran parte de estas metodologías a pesar de estar basadas en datos inadecuados y métodos de cálculo bastante generales, presentan una notable convergencia en sus cifras, resultado que permite tasar la población total nativa de El Salvador entre 700,000 y 800,000 habitantes indicando una densidad de población media aproximada de 33 y 38 habitantes por kilómetro cuadrado. Hacia 1524 se puede calcular esta densidad entre 19 y 24 habitantes por kilómetro cuadrado. Los cálculos del profesor Fowler, aunque proponen importantes observaciones críticas a la metodología utilizada por Rodolfo Barón Castro en la construcción de la investigación, terminan demostrando que sus estimaciones se mantienen dentro de los rangos obtenidos por métodos de cálculo que eran impensables en el período en que el estudioso salvadoreño recopilaba y calculaba

²⁴ William Fowler Jr.: “La población nativa de El Salvador al momento de la conquista española”. En: *Mesoamérica* (No. 15 – junio de 1988). pp. 79-116

diligentemente los datos contenidos en diversas fuentes censales. Otra razón más para valorar el aporte de Rodolfo Barón Castro a la Demografía histórica en Centroamérica.

Actualmente, los colegas especialistas en Historia colonial coinciden en señalar como una de las principales falencias de la obra de Rodolfo Barón Castro la ausencia en sus cálculos y apreciaciones de la población negra en la Historia de El Salvador,²⁵ información con la que se pretendió otorgar una situación de peculiaridad a la composición étnica de la población salvadoreña en términos comparativos con el resto de América Latina. Las contribuciones de los colegas Lowell Gudmunson, Rina Cáceres, Beatriz Palomo, Margarita Gómez y Aarón Arguedas por mencionar a algunos, nos han mostrado la amplitud de la presencia africana en el proceso de mestizaje dentro de la Historia de la región; pero de manera muy especial el libro del colega Christopher Lutz: *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala 1451-1773*,²⁶ ofrece transcripciones de diversidad de fuentes que demuestran la presencia de negros y mulatos en la Villa de San Salvador. Más allá de querer cometer la arbitrariedad de juzgar la obra de Rodolfo Barón Castro a partir de los últimos avances de las ciencias históricas, esta observación crítica pretende únicamente ser una invitación a desarrollar estudios que profundicen en la presencia afrodescendiente en la composición étnica de la población salvadoreña para enriquecer las informaciones ofrecidas por “La población de El Salvador”,²⁷ ya que estas observaciones críticas, como bien acotara en comunicación personal el colega José Antonio Fernández, de ninguna manera cuestionan su vigencia, ni mucho menos su referencialidad para la investigación histórica centroamericana.

“La población de El Salvador” cumple con todos los requisitos que la crítica especializada actual exigiría a una obra de Historia. Posee solidez teórica, al desarrollar un análisis de la población salvadoreña a través del tiempo por medio de métodos de cálculo y extrapolación de datos demográficos tempranos que pertenecieron a la discusión temprana que impulsó el desarrollo de la Historia demográfica. Manifiesta erudición en las fuentes, ya que el trabajo tesonero de Barón Castro por recopilar la más amplia diversidad de fuentes primarias que contuvieran datos estadísticos sobre la población de El Salvador ofrece al lector un panorama suficientemente amplio de la documentación colonial y republicana que sobre el país existe en diversidad de repositorios centroamericanos, estadounidenses y europeos. Y finalmente, despliega calidad literaria, debido a que con las sucesivas redacciones que Barón Castro hizo sobre el libro, consiguió levantar un ‘gran fresco’, como lo indicara Braudel, sobre la evolución de las poblaciones que habitaron el territorio salvadoreño desde el siglo XVI hasta el siglo XX por medio de una exposición clara no sólo sobre las transformaciones en el tiempo de la demografía salvadoreña, sino sobre su Historia social y económica en perspectiva de larga duración.

²⁵ Carlos Pereyra. Op. Cit. p. 56

²⁶ Guatemala, CIRMA, 1984.

²⁷ A este respecto, se cuenta con contribuciones que hacen referencia a esta temática como el libro compilado por los colegas Ana Margarita Gómez (†) y Sajid Herrera: *Mestizaje, poder y sociedad. Ensayos de Historia Colonial de las Provincias de San Salvador y Sonsonate*. San Salvador, FLACSO, 2003.

En mis investigaciones sobre historiografía guatemalteca y centroamericana de estos últimos años,²⁸ he sostenido que “La Patria del Criollo” del Dr. Severo Martínez Peláez ha sido la obra de Historia más influyente dentro de la Historiografía centroamericana de las últimas décadas. Al profundizar en la extensa obra del Dr. Rodolfo Barón Castro, me veo hoy obligado a reconocer que “La población de El Salvador” merece el mismo sitio dentro de la Historiografía centroamericana como una de sus obras más influyentes y asimismo referenciales para el desarrollo profesional de la disciplina en la región durante el siglo XX. No me quedan hoy dudas que es una obra que está a la altura no sólo de la obra del máximo historiador guatemalteco del siglo XX, sino también a la de Manuel Moreno Fraginals “El Ingenio”, considerada dentro del medio académico europeo como una de las mejores obras de Historia Latinoamericana del siglo que acabamos de terminar. “La población de El Salvador” y “La Patria del Criollo” comparten con la obra del insigne historiador cubano ese sitio privilegiado de ser hoy verdaderos clásicos de la historiografía latinoamericana. Así como en nuestro país se publicó una valoración treinta años después de la publicación de “La Patria del Criollo”, queda hoy abierta la invitación para los colegas salvadoreños para compilar un volumen similar que conmemore el año próximo el centenario de la aparición de Rodolfo Barón Castro para beneficio de la cultura salvadoreña y centroamericana.

Última mención: Guatemala en la recordación de Rodolfo Barón Castro

Deseo terminar mi intervención con una muy grata recordación que el colega Jorge Luján Muñoz hace de uno de los hijos más ilustres que ha dado El Salvador mientras ejerció como embajador de nuestro país en España, en donde pudo disfrutar de su cálida amistad y amplios conocimientos sobre la Historia centroamericana. En la necrología que publicó en *Mesoamérica* rescata un dato de su vida, que como él mismo señala, no debe quedar en el olvido, mucho menos cuando ahora me honro en referir su trayectoria en su propio país. Relata Don Jorge, que Rodolfo Barón Castro en su Biblioteca de Madrid conservaba un álbum de 70 fotografías, probablemente de diferentes autores, bellamente encuadernado y muy bien conservado que cuidaba como uno de sus objetos más preciados, ya que estaba dedicado con una nota que databa de 1886. Las fotografías mostraban hermosas vistas de la ciudad de Guatemala, del Puerto de San José y otros rincones de nuestro país. Cuando Rodolfo Barón Castro le mostró el álbum a su ilustre invitado, éste le manifestó que por su enorme valor histórico como testimonio gráfico debería retornar a Guatemala, manifestación con la que Barón Castro asintió favorablemente sin titubear, dándole la posibilidad a la Fototeca del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA) de adquirirlo para formar parte de sus colecciones. Precisamente cuando este álbum cumplió un siglo, el 26 de noviembre de 1986, CIRMA organizó una exposición de todas sus fotografías, fecha en la que se cumplían ocho días de su

²⁸ José Cal: *Los estudios históricos recientes sobre la Reforma Liberal de 1871 en Guatemala*. Investigación de Doctorado. Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, Departamento de Geografía, Historia y Filosofía, 2003.

fallecimiento. Sin quererlo, fue en Guatemala que Rodolfo Barón Castro recibió su primer homenaje póstumo, el cual no podía ser mejor al recordar su memoria en una ciudad que es testimonio permanente y vivo de la Historia de este tesoro de los dos océanos. La memoria de los historiadores vive en sus obras, espero que la nuestra sobre la trayectoria de Rodolfo Barón Castro hoy, a un año de celebrar el centenario de su nacimiento, esté a la debida altura de sus aportes a la cultura universal que siempre emprendió movido por un incondicional amor por su país.